

# Bibliografía

## LAS CARENCIAS DE LA REFORMA AGRARIA EN AMERICA LATINA

*The rape of the peasantry. Latin America's Landholding System*, ERNEST FEDER, Anchor Books, Doubleday & Co., Nueva York, 1971, 304 pp.

Finalmente ha salido a la luz esta obra del sociólogo Ernest Feder, de la cual ya se conocía parte de su contenido.<sup>1</sup> Ahora, en cuatro capítulos, Feder señala la tipología de los sistemas de tenencia de la tierra en América Latina, basado principalmente en los datos de once países,<sup>2</sup> aunque aplicable en mucho a la situación de la mayoría de naciones de la región, excluida Cuba y ahora quizá Chile y Perú. El caso de México es más complejo, pues hay que analizar los cambios provocados por la Revolución mexicana; no obstante, buena parte de lo dicho por Feder es aplicable también al país, sobre todo a partir de la regresión que dio vida al neolatifundismo.

Los cuatro capítulos en que Feder divide su libro son: I) "Latifundismo. Una agricultura del desempleo"; II) "Un sistema despótico de agricultura"; III) "Las reformas agrarias de los años 60", y IV) "Reformistas, tecnócratas y progreso". En el primero examina, pudiéramos decir, los aspectos cuantitativos de la situación agraria en América Latina, caracterizada por un latifundismo del desempleo que mantiene en la más mísera pobreza al grueso del campesinado de la región, mientras desperdicia el esfuerzo agotador de éste, y la potencialidad de los recursos naturales existentes. En el capítulo segundo, el autor pone de relieve la naturaleza de las relaciones sociales existentes en el agro latinoamericano, orientadas fundamentalmente hacia la perpetuación del *statu quo*, a través del trato despótico, arbitrario y represivo de la clase terrateniente y sus aliados sobre el campesino.

En el capítulo III se describe cómo una reforma agraria que acaba en un país con el esquema anterior —la Reforma agraria

<sup>1</sup> Véase "Las perspectivas del campesino en América Latina", Ernest Feder, *Comercio Exterior*, diciembre de 1969, pp. 977 y ss.

<sup>2</sup> Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guatemala, Perú, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Venezuela. Con respecto a Perú, el autor aclara cómo el cambio de política agrícola en este país no pudo ser considerado a la fecha en que el manuscrito del libro fue terminado. Igual sucedió en el caso de Chile.

de Cuba— estimula en muchos países latinoamericanos la puesta en marcha de sus respectivas "reformas agrarias" —recomendadas en especial por la Carta de Punta del Este— que únicamente dieron lugar, al finalizar el decenio de los sesenta, a movimientos contrarreformistas que oscurecen todavía más las perspectivas del campesinado en América Latina. Mientras los tecnócratas de la agricultura —los *modernizadores*, los *revolucionarios verdes*, los *propulsores alimenticios (food drivers)*— siguen insistiendo en que lo que se necesita en el campo son tan sólo (supuestas) mejoras tecnológicas, mejores métodos de cultivo, semillas mejoradas, mayor uso de fertilizantes, crédito, adecuados sistemas de comercialización, etc., debe quedar claro que la verdadera solución, primero que lo anterior, estriba en la reforma agraria profunda que afecte los fuertes intereses creados y que cambie efectivamente los sistemas de propiedad de la tierra en América Latina para destruir el latifundismo imperante y sustituirlo por nuevas formas de propiedad, incluso la colectiva, con base en las cuales sí sea posible llevar a cabo la organización de la producción y la incorporación de técnicas modernas a la agricultura. Esto es lo que constituye el IV capítulo.

"La agricultura del latifundio de América Latina —dice el autor— es una agricultura del desempleo. No ocupa plenamente, o emplea con derroche, la tierra, los recursos de capital y la mano de obra disponibles." Ello causa una pobreza creciente en el campo latinoamericano, en el cual, "el número de familias campesinas pobres debe haberse elevado de cerca de 12.6 millones [en 1960] a alrededor de 15.0 millones. . . en otras palabras, de una población rural total de 114 millones en 1970, cerca de 86 millones estarían viviendo a niveles de subsistencia. En 1980 habrá 18 millones de familias rurales pobres". Incluso haciendo caso omiso de los errores en que incurren las estadísticas oficiales de los países de la región (por ejemplo, al distribuir el ingreso agrícola solamente entre los "productores" y no entre "todos los trabajadores del campo", con lo cual queda fuera de comparación el ingreso de los jornaleros sin tierra), puede verse en ellas las diferencias tan grandes que existen entre el ingreso de los pequeños propietarios y el de los grandes hacendados, diferencias que, según los países, pueden ir de la razón 1 a 36 hasta la razón 1 a 400, como mínimo.

La distribución de los recursos de capital es aún más inequitativa que la distribución del ingreso, si así puede decirse. La maquinaria y el equipo agrícolas y las obras de infraestructura que están al servicio de los pequeños propietarios, y no digamos

de los trabajadores del campo sin tierra, son ínfimos en comparación con los que disfrutaban los grandes terratenientes.

Son variadas las formas en que se manifiesta el desempleo rural en América Latina, que existe no precisamente porque la agricultura de esta región no pueda emplear a un mucho mayor número de gente con las tierras actualmente disponibles, sino porque el sistema latifundista de tenencia de la propiedad rural así lo ha impuesto; de esta suerte, el desempleo se concreta en las migraciones constantes de las regiones rurales a las urbanas, o de unas áreas rurales a otras o incluso a una nación extranjera.

“La *movilidad geográfica obligada del campesinado* es la señal manifiesta de una profundamente arraigada desazón en la América Latina rural, más que evidencia de un campesinado dinámico atento a mejorar su *status* económico y social.” Esta movilidad geográfica causa efectos gravemente dañinos tanto en las comunidades que dejan los migrantes como en ellos mismos, como lo señalan repetidamente los sociólogos. Ha de hacerse notar, sin embargo, cómo los tecnócratas del desarrollo económico imploran la puesta en vigor de toda clase de medidas para impedir esa migración, sobre todo la que se dirige a las que quisieran fueran su coto privado, o sea las ciudades capitales donde generalmente ellos viven, medidas que van desde el arraigo de los campesinos a la tierra en que nacieron hasta la prohibición de entrar a esas ciudades, o la difusión de las “grandes desventajas” o de los “espejismos” de la gran ciudad. No quieren que les pase siquiera por la mente que la parte fundamental de la solución del problema consiste en modificar profundamente el sistema de propiedad y de distribución del ingreso y riqueza en el campo.

Como se decía, las relaciones sociales existentes en el campo están determinadas casi exclusivamente por la clase terrateniente para su propio provecho. Su poder social de negociación viene a ser en realidad un poder de imposición y de rapiña sobre el campesinado. Las instituciones, los contactos con el exterior y aun los afanes de progreso están condicionados en el campo latinoamericano por la *élite* poseedora. Así, por ejemplo, las uniones de propietarios de la tierra y de sus productos (asociaciones de propietarios, federaciones de productores) tienen garantizado un amplio margen de acción para organizar y para presionar en favor de sus intereses; en cambio, a los trabajadores del campo se les niega sistemáticamente, por todos los medios, incluso el terror o la mediatización oficialista, la posibilidad de unirse en defensa de sus derechos a la tierra y a un mejor nivel de vida. Los sistemas de crédito y de comercialización se señalan por la mayor dependencia en que hacen caer al campesinado, de los latifundistas y sus aliados, a través de la negación de financiamientos o las tasas usurarias cobradas, así como por la monopolización de las transacciones. La introducción de mejoras en los cultivos, de nueva maquinaria, de fertilizantes, está condicionada generalmente a los intereses de los terratenientes y de sus amigos urbanos y extranjeros, que sólo pueden ver en ello magníficas oportunidades de extraer más sutilmente el excedente económico generado por los campesinos. Incluso la estructura de la producción agropecuaria y el uso de la tierra pueden estar determinados para satisfacer únicamente esos intereses, pues son frecuentes los casos en que nuestros países producen grandes cantidades de alimentos... que, con las exacciones correspondientes, van a dar al extranjero. En este sentido, puede verse cómo el sistema de monopolización y subempleo de la tierra, llamado “ganadería” extensiva, está corrientemente orientado más hacia los mercados exteriores que al nacional.

La autocracia es, pues, el principio dominante en la agricultura latinoamericana. Actúa sobre el campesinado a través de la pirámide que forman el propietario, ausentista en muchos casos,

el administrador de las haciendas, el capataz, el intermediario, el gerente del banco, el distribuidor de maquinaria, de fertilizantes, de semillas mejoradas, etcétera.

Debido a lo anterior los políticos y los científicos sociales no comprometidos con el orden establecido han propugnado por una verdadera reforma agraria en América Latina. Dice Feder: “Ha sido por mucho tiempo evidente para los observadores de América Latina que la reforma agraria es tanto un prerrequisito esencial para mejorar el bienestar de los campesinos como una piedra angular del progreso económico, político y social general”. Esta idea, dice el autor, fue incluso adoptada por la Carta de Punta del Este de 1961, que estableció la Alianza para el Progreso, aunque en la letra vino a ser desvirtuada por la Declaración de Presidentes de América de 1967. Ahora, también el Banco Interamericano de Desarrollo y aun el Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso han hablado de la necesidad de la reforma agraria.

Hace falta, entonces, precisar lo que los verdaderos reformadores entienden por reforma agraria, para no caer en el riesgo de confundirla con lo que entienden los tecnócratas. Y Feder consigna entonces la visión de los verdaderos reformistas sobre la reforma agraria:

Quizá la mejor “definición” de reforma agraria —mejor por qué está relacionada más directamente con los problemas agrarios de las agriculturas tradicionales— consiste en tres objetivos implícitos en el concepto: mayor igualdad o justicia social, la redistribución del poder político, y mejoramientos en el desempeño económico de la agricultura (incluso más altos niveles de ingreso para los campesinos).

Los cambios económicos, sociales y políticos causados por las reformas agrarias no pueden ser marginales; deben ser sólidos a fin de tener el éxito deseado. Con respecto al alcance de una mayor igualdad social, una reforma profunda en América Latina implica de manera principal la distribución de la tierra, que es el recurso agrícola básico, a través de la eliminación de las haciendas en manos privadas y del firme control sobre la tierra ejercido por una pequeña *élite* latifundista. Debería establecerse un nuevo sistema de tenencia de la tierra para eliminar aquel de los propietarios ausentistas. Este nuevo sistema podría incluir fondos de tipo familiar, cooperativas, unidades agrícolas colectivas o manejadas por el Estado, o una combinación de estas formas. . .

La redistribución del poder político significa, entre otras cosas, el fin del control exclusivo de los hacendados sobre las decisiones concernientes a la agricultura y a las condiciones de trabajo o de vida de la gente del campo; el derecho de los campesinos a formar cooperativas o uniones laborales, a elegir a los representantes gubernamentales locales o nacionales de su preferencia y a tener una voz más decisiva en las actividades y el desarrollo de la comunidad. . .

Estos objetivos de los auténticos “reformistas” son los que nuestros conocidos tecnócratas pasan por alto. Para los “revolucionarios verdes” todo debe concretarse a la mejor manera de incrementar el monto y la eficiencia de la producción agrícola, por los medios ya mencionados de una (supuesta) tecnificación del campo, mejores sistemas de crédito, etc. Y no es que se niegue que estas medidas no sean necesarias sino que, como apunta el autor, deben tener lugar “una vez que los cambios profundos hayan sido logrados”.

Pero los tecnócratas del desarrollismo, al verlo todo a través del cristal de las llamadas “fuerzas del mercado”, quedan inca-

pacitados para resolver verdaderamente los problemas del agro latinoamericano, así utilicen los más sofisticados medios de análisis —magníficas herramientas tan mal empleadas. Hay que recordar que en México, país subalimentado, se han dado el lujo de recomendar la ejecución de una política agrícola contra los "excesos" en la producción de granos alimenticios, arguyendo que se convertirían en un "problema" debido a que la demanda efectiva sería insuficiente para absorberlos, con lo cual colocan a la tal demanda en un altar intocable por encima de las necesidades sociales. Feder analiza muy bien en el último capítulo de su libro los sofismas a ése parecidos.— JUAN JOSE HUERTA.

## LOS PROYECTOS DE CONTROL NATAL DEL BANCO MUNDIAL

*Planificación demográfica. Documento de trabajo sobre el sector, BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCION Y FOMENTO, Washington, marzo, 1972, 100 pp.*

En la serie sobre aquellos sectores —Educación, Agricultura, Energía Eléctrica, Población, etc.— hacia los cuales el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) canaliza sus recursos, acaba de aparecer el estudio relacionado con los problemas demográficos. En él se describe la labor realizada por el BIRF para ayudar a los países miembros a reducir las tasas de crecimiento demográfico y se expone un programa de actividades en ese campo para ser desarrollado sucesivamente.

Como es obvio, al referirse al nivel de vida, el estudio subraya las necesidades de los países y los esfuerzos de los gobiernos para que las poblaciones dispongan de una alimentación más abundante y de mejor calidad, tengan un más fácil acceso a la educación y a la atención sanitaria y mayores oportunidades para desempeñar empleos bien remunerados; en síntesis, a pesar de sus limitaciones, se considera como una de las medidas más adecuadas disponibles para evaluar el progreso económico, comprobar el aumento que se registre en el ingreso *per capita*, sin dejar de tener en cuenta el constante incremento de la población del mundo; sin embargo, afirma que al banco no le preocupa el nivel cuantitativo que alcance la población, sino el impacto que el crecimiento demográfico ejerce inevitablemente sobre el proceso de desarrollo, hecho que ha de traducirse, consecuentemente, en un nivel de vida más elevado y, por lo tanto, en un mayor bienestar para la población, sea cual fuere su magnitud.

Existe un bien fundado convencimiento de que, en la gran mayoría de los países en desarrollo, cuanto más rápido sea el ritmo de aumento demográfico más lento será el mejoramiento de las condiciones de vida, por lo cual y ante las pruebas evidentes de que si las familias aumentasen de manera razonable, es decir, procurando que los nacimientos se espaciaran, tanto las madres como los nacidos disfrutarían de mejor salud y se experimentarían tasas más bajas de mortalidad. Ello significa que la planificación de la familia constituye en los tiempos actuales una fórmula encaminada a atenuar el problema, cuando no a solucionarlo.

En apoyo a esta afirmación, se señala que tuvieron que transcurrir más de 1 800 años para que la población del mundo aumentara de 210 millones a 1 000 millones de habitantes. Sólo hicieron falta 125 años para que alcanzase 2 000 millones y únicamente 30 años para que llegara a los 3 000 millones. Pero en la actualidad únicamente se necesita que transcurran 15 años para agregar a esa cifra 1 000 millones más, o sea 4 000 millones. De mantenerse las actuales tasas de crecimiento, la población mundial (en la actualidad superior a 3 600 millones de ha-

bitantes) se duplicaría en 35 años y a fines de siglo aumentaría a razón de 1 000 millones de personas cada 8 años. En los países en desarrollo, según todos los cálculos, se producirán las cinco sextas partes de tal incremento en el período 1970-1980 y esta situación, en la parte del mundo todavía no suficientemente desarrollada, constituye un gravísimo problema al que es menester hacer frente con la mayor energía y también con todo cuidado.

Antes de la segunda guerra mundial, los países en desarrollo se caracterizaban también por tasas elevadas de natalidad y mortalidad y, por lo tanto, eran bajas las tasas de crecimiento natural. Después de la guerra, la rápida reducción de las tasas de mortalidad no se vio acompañada por una reducción semejante de las tasas de natalidad. Las tasas de crecimiento demográfico aumentaron, por lo tanto, en dichos países en proceso de desarrollo, siendo en la actualidad su promedio de 2.8% y en algunos dichas tasas ascienden al 3 e incluso al 4 por ciento. En algunos, la natalidad y mortalidad siguen siendo elevadas; en otros, la mayoría de Asia y de África, la natalidad es considerable y la mortalidad está disminuyendo. Esto último sucede también, en general, en muchos de los países de América Latina.

Se señalan en este estudio proyecciones que indican la evolución probable de la situación demográfica, y las tasas de natalidad a que podría llegarse si se aplicaran en los próximos años programas de planificación de la familia. La solución de este problema dependerá del ritmo y del grado en que disminuya la natalidad en los próximos 20 a 30 años.

En el estudio se afirma que cuando un país establece un programa de población, parece que existe una correlación entre la capacidad de oferta (es decir, el número de medios de acción del programa) y el número de mujeres que lo utilizan, dándose casos en que los programas no atribuyen la debida importancia a los aspectos de la educación del público y a su motivación, por lo que no logran atraer a un número suficientemente elevado de mujeres para que el país pueda alcanzar las metas de crecimiento que se ha fijado. Varias encuestas indican que la mayoría de las parejas de los países en desarrollo desean tener un número menor de hijos que los que suelen engendrarse en la actualidad, y que oscilan, en promedio, entre 4 y 4.5, frente a un tamaño real de la familia de 5 a 7. En una encuesta hecha en varios países en desarrollo, el 60% de las parejas entrevistadas tienen 3 hijos y el 70% de las que tienen 4 indicaron que no quisieran que aumentase el número de la familia. Resulta asombrosa la elevada cantidad de abortos ilegales que se registra, sobre todo en América Latina, hecho que indica claramente la necesidad de establecer servicios de planificación de la familia. Tales servicios han de incluir actividades en materia de información y de educación, comprendiendo no sólo las tareas encaminadas a suministrar anticoncepcionales a la población, sino también en llamar la atención de ésta sobre el problema del crecimiento demográfico a fin de lograr que el mayor número posible de parejas utilice los medios idóneos de control familiar.

Después de hacer una descripción de las asistencias que el Banco puede prestar en esta materia, se alude a la colaboración que en todos sentidos van prestando los organismos de las Naciones Unidas: la Organización Mundial de la Salud, el Fondo de las Naciones Unidas para Actividades en Materia de Población, la Organización Panamericana de la Salud, el Centro de Investigaciones para el Desarrollo Internacional de Canadá, el Consejo de Población y la Fundación Ford, siendo numerosos los expertos facilitados a los países por dichos organismos en colaboración con el Banco. A partir del ejercicio de 1971-72, las operaciones del Grupo del Banco se concentrarán cada vez

en mayor grado en los países más grandes, en los que el descenso en las tasas de natalidad sería más significativo. Para los fines de planificación, se supone que aproximadamente la mitad de los 20 proyectos previstos para el período de 1971-72/1975-76 entrañarán compromisos valorados entre 5 y 10 millones de dólares, mientras que la mitad de los restantes serán superiores y la otra mitad inferiores a ese margen. La estrategia del Banco en el período quinquenal consistirá en determinar la utilidad del método utilizado por él en materia de proyectos para hacer frente al problema demográfico, principalmente a través de la experiencia de unos 25 programas de planificación de la familia que deberán realizarse en la medida posible en países con una gran población.

Los anexos de este trabajo contienen cuadros y proyecciones que van hasta el año 2000 y esbozan las tareas que el Banco se ha trazado para evaluar los programas de planificación familiar.—ALFONSO AYENSA.

## LA DESIGUALDAD ENTRE EL DESARROLLO AGRICOLA Y EL INDUSTRIAL

*Características del desarrollo por sectores agrícola e industrial en México (comentarios a los desequilibrios sectoriales y regionales en el proceso institucional de la Revolución mexicana), M. GUILLERMO PÉREZ VELASCO, Escuela Nacional de Economía (UNAM), tesis profesional, México, 1972, 102 pp.*

El desarrollo desigual de las regiones económicas y de los sectores productivos, se presenta tanto en las economías capitalistas como en las socialistas; naturalmente, el autor de esta tesis aunque concentra su atención en las características predominantes en los países de Europa occidental —tema al que dedica buena parte de su estudio— pone el acento en el examen de la situación en los países de América Latina, ejemplo de países en proceso de desarrollo. Así, para interpretar la evolución que se opera en esta clase de economías, traza un esquema teórico que comprende la ley del desarrollo desigual en la historia y señala que el paso de una etapa a otra no es automático, dándose la coexistencia de sistemas de producción de niveles históricos distintos, en los que se registran situaciones de avance y etapas de retroceso.

Después de hacer un examen amplio del proceso histórico, con referencia a los cambios operados como consecuencia de la revolución industrial y apoyándose en diferentes teorías económicas, con sus respectivas interpretaciones para cada época, el autor afirma que el origen y desarrollo del capitalismo en México no debe interpretarse con base en el esquema clásico de las transformaciones ocurridas en Europa occidental, aun cuando también opere el mecanismo de las desigualdades, pero con características muy concretas, ya que hacer esa interpretación equivaldría a adoptar una actitud puramente mecánica. Aduce los antecedentes del régimen colonial y se refiere a la fase de tránsito de la colonia a la independencia, tratándose en el examen las causas generales del desarrollo de cada época.

En el capítulo segundo estudia las características de la desigualdad regional y sectorial en el proceso institucional de la Revolución mexicana, abarcando desde la situación existente en el régimen de Lázaro Cárdenas hasta nuestra época; señala que, a su juicio, el sector agrícola ha cumplido su papel en el desarrollo nacional: suministrar alimentos baratos y en forma autosuficiente para el resto de los sectores económicos, sosteniendo el nivel de las exportaciones que representan alrededor de un 60% del ingreso de divisas, por concepto de ventas al exterior. No obstante, no ha logrado superar problemas internos en los diferentes estratos de la economía rural; mas dentro de la estrategia de desarrollo, la agricultura ha servido de base al progreso industrial e incluso ha soportado la carga del desarrollo. Afirma que los problemas del sector agrícola no se resolverán mientras no sean solucionados los que aquejan a los sectores industrial y de servicios, con los cuales se encuentra ligado, y esta situación mantiene el estado actual de la agricultura mexicana, que se encuentra rezagada con respecto al desarrollo general del país. Estima que la reforma agraria significó un impulso para el desarrollo y marca las diferentes etapas por las que el sistema de tenencia de la tierra atravesó, lo que se reflejó en las modalidades de cultivo, uso de fertilizantes, utilización de maquinaria agrícola, crédito agrícola, etc. La reforma agraria originó, pues, un conjunto de cambios: transformó el uso y la tenencia de la tierra y modificó la estructura de la producción agrícola, dando lugar también a la expansión urbana, al crecimiento demográfico, y a diversificar las actividades industriales y de servicios en las zonas urbanas, todo lo cual contribuyó a crear una nueva estructura de la economía nacional, cuyo sector motriz pasó a ser el industrial. Este cambio representó un ascenso en el nivel de productividad de los sectores económicos. El producto nacional bruto ha crecido con mayor rapidez que la población, aun cuando el propio crecimiento económico ha estimulado el crecimiento demográfico: en la década de los treinta creció a un ritmo aproximado de 1.7% anual. En la de los sesenta al 3.5% anual.

Añade el autor que, como es sabido, en una economía en desarrollo, el ingreso global del sector agrícola es generalmente inferior al de los sectores no agrícolas, brecha que va disminuyendo a medida que la economía avanza, sin que llegue a suprimirse totalmente. En el país se observa una tendencia descendente por lo que respecta a la proporción de la población económicamente activa ocupada en la agricultura (pasó del 65% en 1940, al 54% en 1960). Los desajustes en el sector rural corresponden al tipo de desarrollo seguido por el país; la concentración del ingreso rural ha sido favorecida por la acción pública. Las zonas más productivas, como los distritos de riego, han sido objeto del apoyo gubernamental en materia de crédito, asistencia técnica, obras públicas, fertilizantes, etc., en tanto que las regiones temporales permanecen marginadas. La solución a los problemas del sector agrícola radica en la necesidad de elevar la producción y la productividad en el agro, y hay que combinar el crecimiento económico con la redistribución del ingreso: expandir el poder de compra de las masas campesinas así como aplicar una política general de creación de empleos, para transferir mano de obra rural a los sectores no agrícolas (industria y servicios).

Se estima en esta tesis que la industria no ha explotado racionalmente los recursos naturales y las habilidades propias de la mano de obra; se han adoptado tecnologías del exterior inadecuadas para las características del desarrollo nacional y la industria se enfrenta a diversos problemas: desequilibrio permanente de pagos externos, inestabilidad de precios internos, presión demográfica, incapacidad para absorber altos volúmenes de mano de obra.

El capítulo tercero está dedicado a estudiar las características de la extracción del excedente económico del sector agrícola, comprendiendo experiencias nacionales y señalando algunas modalidades referentes a puntos tales como precios, financiamiento, comercialización, aspectos fiscales e inversión pública. En cuanto a ésta, su tendencia consiste en fortalecer las zonas de mayor rentabilidad agrícola, indicando el autor, después de

aportar cifras, que ello se traduce, en algunos casos, en desequilibrios en el desarrollo nacional.

En el capítulo de conclusiones se afirma que la presión externa de los mercados internacionales sobre las ramas productivas orientadas a la exportación provoca, en el interior de los países, el desarrollo prioritario de unas regiones a expensas de otras, lo que da lugar a la formación de centros que polarizan el desarrollo: las inversiones, tanto públicas como privadas, se destinan a veces a zonas de mayor rentabilidad económica. Por otra parte, los recursos productivos no se hallan distribuidos de manera equitativa en las regiones de un país y su movilización tiene limitaciones, por lo que el desarrollo desigual que se da entre ellas es inherente al proceso interno y ello requiere que se adopten medidas coherentes en el orden económico, con las correcciones adecuadas en la esfera de la estrategia política del desarrollo. ALFONSO AYENSA.

## DESARROLLO ECONOMICO Y POLITICA EXTERIOR DE LA REPUBLICA POPULAR CHINA

*Un repaso sobre la situación de la República Popular China: una apreciación económica*, U. S. Government Printing Office, Washington, mayo, 1972, 382 pp.

Es en extremo difícil obtener información fidedigna acerca de la economía china; procede de las escasas estadísticas publicadas en los pasados diez años, estadísticas de comercio exterior de otros países e informes de observadores.

El gobierno norteamericano cuenta con un grupo de expertos muy hábiles a los cuales se denomina "observadores de China", que siguen muy de cerca y en forma continua la evolución económica de aquel país.

Este compendio, que fue auspiciado por el Comité Económico Conjunto del Congreso estadounidense, constituye una fuente informativa muy importante, ya que ofrece un análisis global que se apoya en información disponible para los más capaces observadores estadounidenses y explicaciones minuciosas respecto a la agricultura, la demografía, el comercio y la ayuda exterior, la industria electrónica, el transporte y otros sectores. Toda vez que los estudios que sobre la República Popular China efectúa la Unión Soviética sufren la influencia negativa del estado conflictivo que mantienen, y no es factible obtener, y dado que el acopio informativo que los hombres de negocios de Japón disponen sobre China es de carácter confidencial, acaso este compendio sea la fuente más accesible para el lector interesado no especializado.

Lo que se perfila, estudiada la información, es un cuadro de una economía que crece a ritmo moderado correspondiente a una potencia importante, pero, desde luego, no de magnitud mundial. El interés que China ha puesto en la tecnología aplicada y la importación idónea de experiencias extranjeras, pero no de capital ni asesores, le ha permitido progresos industriales significativos. La mayor parte de éstos habrán de encontrarse en la erección de un imponente complejo militar-industrial sobre cuyo funcionamiento no hay información suficiente.

La agricultura y una población que posiblemente se expande anualmente a una tasa de 2%, y cuyo total de habitantes ni los propios chinos conocen con certeza, siguen representando el talón de Aquiles de la economía china. Al no otorgar satisfactorios

incentivos materiales e insumos industriales, como fertilizantes químicos, los dirigentes chinos sólo han podido lograr que los rendimientos agrícolas se ubiquen un poco por encima de los incrementos demográficos. La falta de políticas sistemáticas para estimular los matrimonios tardíos y la utilización de anticoncepcionales se han traducido en una reducción modesta del nivel de la natalidad. Parece que en esta área tradicional, al menos, persisten las creencias y valores del pasado.

Si bien el comercio exterior es menor del 2% de un PNB que equivale aproximadamente al total de América Latina, China utiliza su limitado comercio para cosechar hábilmente ventajas económicas y políticas. Los chinos pagan puntualmente sus deudas y mantienen reservas de divisas modestas pero amplias; esto les permite concentrar la asistencia y las exportaciones en determinados países que juzgan políticamente importantes, especialmente en África. Aquí han debilitado en gran medida la posición de la Unión Soviética y de Estados Unidos al conceder un préstamo de 400 millones de dólares, sin intereses, para la construcción de un ferrocarril de Zambia a Tanzania, pagadero en compras de productos chinos.

China compra en otros países la tecnología que necesita; compra cereales a fin de exportar arroz y frijol soya, y de hecho no importa bienes de consumo. Una vez cubiertos los requerimientos industriales del aparato militar y de la agricultura, se autorizan bienes sencillos de consumo doméstico. Las prioridades son claras y consistentes y parece que la "Revolución cultural" de 1966-1969, en contraste con el anterior "Gran paso hacia adelante", ocasionó sólo un leve trastorno económico.

Estos excelentes estudios permiten derivar algunas conclusiones. Tal vez la más importante es que el papel de Japón en la economía mundial va a ser infinitamente más determinante que el que pueda representar China en los próximos años. Ya sea que se efectúe la medición en términos de ayuda económica, comercio o contribución a un sistema monetario internacional más sólido, los chinos no disponen ni de los recursos económicos ni de la voluntad política para hacer un aporte sustancial. Todo parece indicar que ellos preferirán tratar en forma bilateral sobre una base conservadora mediante los arreglos existentes. Los japoneses pueden modelar el futuro económico mundial, los chinos apenas podrán expandir y estabilizar la tasa de crecimiento de su economía y ayudar a algunos estados clientes, tales como Albania.

De manera semejante, es probable que el mercado chino se mantenga como un negocio restringido abierto a vendedores de granos y tecnología. Los chinos pueden reproducir rápida e inteligentemente lo que compran, pero contrariamente a los japoneses de los años pasados, no es previsible que exporten los mismos productos en una escala masiva. Además, en tanto que los esfuerzos por penetrar en el mercado chino se justifican, es mucho más difícil convencer a Japón, con dólares sobrantes, para que abra su economía de consumo al comercio mundial.

El crecimiento sostenido de la economía de la República Popular China no debe inspirar temor ni regocijo; su efecto externo más relevante puede ser la tensión del conflicto entre cañones y mantequilla que encaran los dirigentes soviéticos. Al percatare de que va a ser sobrepasada económicamente en el Lejano Oriente y Asia sudoriental por Japón, China podrá dedicar más atención a algunas zonas políticamente neurálgicas del mundo, como África del Sur, donde coinciden objetivos políticos y económicos, y los japoneses y otros se hallan económicamente involucrados con gobiernos de minoría blanca cuyos años en el poder acaso estén contados. De otro modo, los chinos económicamente solventes y frugales no pueden encabezar

al Tercer Mundo en un nuevo asalto a los ricos, ni ofrecen una ruta rápida e indolora hacia la riqueza.

Muchas ideas acerca de China han sido desfiguradas por mitos y decepciones, como la de que representan 800 millones de potenciales compradores de máquinas de coser Singer, o una fuerza revolucionaria global que difunde la guerra de guerrillas como los pollos fritos Colonel Sanders Kentucky. El análisis económico es sobrio y refrescante; pinta una China más interesante económicamente que amenazadora.—AARON SEGAL.

## ORIGEN Y SENTIDO DE LA REVOLUCION CULTURAL DE LA REPUBLICA POPULAR CHINA

*China después de la revolución cultural*, ROBERT GUILLAIN, Era, Serie Popular núm. 18, México, 1972, 87 pp.

Uno de los fenómenos políticos más importantes de la década de los años sesenta ha sido la revolución cultural china: millones de seres impugnando en todo el país los métodos de dirección estatal; acciones que se enfilaban contra la situación prevaleciente y no contra la estructura económica socialista; exigencia de rectificación y reclamo de profundizar; unos y otros contra los errores. A los ojos del observador circunstancial, del desinformado lector de diarios, aquello semejaba un huracán de guardias rojos, de obreros armados, de choques que generaron sangre y cambios, sin aparente coherencia, dirección ni meta. Oleadas de vociferantes jóvenes que tan pronto como surgieron se derrumbaron. Hoy, una vez superado el período violento, vueltas las agitadas aguas a su nivel normal, surgen las preguntas acerca de cuál es su significado, importancia y perspectivas. Robert Guillain, experto en asuntos chinos del parisino *Le Monde*, ofrece una respuesta breve en este brillante reportaje que presenta la editorial Era en su Serie Popular.

Con observaciones directas realizadas durante su sexto encuentro con China en el verano pasado, R. Guillain ofrece, en cinco capítulos, un cuadro de la situación actual: una apertura al exterior cuyos momentos más importantes son la aceptación de los principios de coexistencia pacífica entre países de régimen distinto y su ingreso a la ONU; el incremento de sus vínculos diplomáticos con más de 50 países, entre ellos México, la visita del Presidente de EUA que vino a destacar el importante papel que desempeña la República Popular China en las relaciones internacionales contemporáneas.

China ha recobrado sus ritmos de desarrollo económico: actualmente la producción agrícola supera la tasa de crecimiento de la población, éxito de vital importancia para un pueblo que siempre sufrió de hambre. En 1970 el país logró una de las mejores cosechas de su milenaria historia al producir 270 millones de toneladas de cereales; en la industria se produjeron 18 millones de toneladas de acero y 20 millones de toneladas de petróleo, lo que representa un importante avance y garantiza un crecimiento general de toda la producción. La industria ligera genera una abundante y variada línea de productos de consumo popular que satisfacen las necesidades de 678 millones de habitantes; China se ha convertido en el primer exportador mundial de tejidos de algodón.

Otro rasgo característico de la situación actual, afirma R. Guillain, es la atmósfera de seguridad personal que prevalece en la población y las nuevas relaciones establecidas entre los cuadros políticos de nivel medio y las masas populares. Una vez

transcurridas las tormentas de la revolución cultural un ambiente de tranquilidad laboriosa impera en el país.

La revolución cultural china es la primera revolución política que ocurre durante la etapa de edificación socialista. Antes de este nuevo fenómeno, la teoría marxista de la revolución no contemplaba la circunstancial posibilidad de una revolución política en esta etapa; concebía que al debilitarse la dictadura del proletariado la resistencia violenta de las clases desplazadas podía provocar golpes contrarrevolucionarios como el de Hungría en 1956; sin embargo, lo ocurrido en China es un hecho diferente, ahí se enfrentaron dos orientaciones político-económicas distintas sobre el modelo de desarrollo socialista en el país, líneas que dividieron a la clase obrera, a la juventud, a los intelectuales, al Partido Comunista chino; directivas que incorporan a la actividad política a centenares de millones de seres en torno a las dos orientaciones encabezadas por el presidente Liu Shao Shi y Mao Tsé-tung. El autor, sin precisar con detalle los fundamentos de la orientación del agrupamiento de Liu Shao Shi, señala que buscaba "acabar con los experimentos de cirugía social, volver a poner la política en su sitio, dando prioridad a la economía, dejando que los chinos accediesen a un mínimo de comodidad y libertad". Este modelo se apoya en la experiencia de edificación económica de los países socialistas europeos.

La orientación triunfante de "andar con los dos pies" se concreta en "desarrollar simultáneamente las pequeñas y grandes empresas, invertir en la agricultura y no sólo en la industria, industrializar el campo y no sólo las ciudades... la industria es el elemento motor, pero la agricultura sigue siendo la base de toda la economía". Este modelo toma en cuenta las condiciones peculiares de una enorme población agraria, volúmenes de inversión relativamente reducidos, etc. Apoyándose en el entusiasmo popular organiza las comunas agrícolas que, además de satisfacer la demanda de alimentos, son la base de pequeñas industrias locales con inversiones pequeñas y propias; incorpora al grueso de la población a las actividades económicas y políticas y permite que la acumulación industrial se invierta en grandes proyectos básicos nacionales.

Esta orientación se apoya en la estructura político-militar del ejército popular de liberación, única fuerza que no se dividió durante la revolución cultural y que hoy está presente en todos los escalones de la administración y la política. El Partido Comunista chino, dividido, resistió esta nueva línea y ha sido reorganizado bajo el principio de "lucha-crítica-transformación". Junto a él funciona una nueva estructura que son los comités revolucionarios organizados bajo el principio "masa-cuadro-ejército".

Estos elementos nuevos en la vida política china son descritos de manera sucinta lo mismo que las tareas en la esfera de la cultura, en donde la revolución cultural arrasó con la mayoría de la intelectualidad china que se opuso a la dirección política de Mao Tsé-tung.

Es interesante observar que las opiniones del autor se inscriben en la corriente de los intelectuales occidentales para los cuales resulta inadmisibles el socialismo "burocrático" de los países de Europa. Agudos críticos de la democracia socialista consideran como aciertos y peculiaridades en China lo que en la URSS califican de errores y stalinismo.

El reportaje resulta interesante y despierta la preocupación por estudiar profundamente la experiencia de la construcción del socialismo chino, de sus grandes éxitos y sus pasajeros reveses, de la acción multitudinaria del pueblo chino.—VICENTE VILLAMAR CALDERON.